

LECTIO DIVINA, DOMINGO
2º. Domingo de Cuaresma, CICLO B (Mc 9, 2-10)
Juan José Bartolomé, sdb



Jesús sube a un monte con tres de sus discípulos y les deja ver, momentáneamente su verdadera identidad. La experiencia es tan placentera que Pedro se olvida de sí y de los compañeros para mirar sólo a Jesús: está dispuesto a vivir a la intemperie con tal de prolongar este momento.

La voz de Dios irrumpe en el tiempo. Él quiere que su Hijo sea reconocido y obedecido como lo que es; la obediencia a Dios suscita la contemplación de Jesús. Seguirle es imperativo divino; y los tres discípulos volverán a la realidad y a la llanura, con un nuevo saber.

Estos 3 hombres eran del grupo de los discípulos; fueron escogidos por Jesús para estar con Él en su transfiguración; tal vez no entendieron la profundidad de ese momento, sino hasta después de la resurrección del Señor. Fue hasta entonces que comprendieron la experiencia vivido a su lado. Viendo a Jesús podemos contemplar; preparémonos a vivir con Él su Misterio Pascua, mediante el ayuno, la oración y las obras de misericordia. Que crezca en nosotros la capacidad de gozar el encuentro con Jesús, en su Palabra, en el Pan de Vida y en el hermano.

Seguimiento:

En aquel tiempo

- 2. Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan; subió con ellos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos.**
- 3. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo.**
- 4. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús.**
- 5. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús:
“Maestro. ¡Qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”.**
- 6. Estaban asustados y no sabía lo que decía.**
- 7. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube:
“Este es mi Hijo amado; escuchadlo”.**
- 8. De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos.**

9. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: No cuenten a nadie lo que han visto, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

10. Esto se les quedó grabado y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en cómo lo dice

Éste fue el momento culminante de la revelación de Jesús; se manifiesta a sus discípulos en su identidad plena de "Hijo". Ellos ahora no sólo comprenden la relación de Jesús con los hombres, para los cuales es el "Cristo", el (Mesías), sino su secreto más profundo: su relación con Dios, del cual es "el Hijo".

Habían pasado apenas seis días después de que Pedro hizo aquella confesión (Mc 8,27), y Jesús se llevó consigo a tres de sus discípulos a un monte: los eligió como compañeros, los privilegió, no ya ante la gente, sino ante al grupo de sus discípulos y los hizo testigos de un hecho insólito: su transfiguración.

Los videntes pudieron contemplar al Señor bajo una luz diferente, que trascendió las apariencias: Él se mostró a ellos de manera divina.

Lo portentoso no es lo que más importa en el hecho de la trasfiguración (Mc 9,2-4). Hay un diálogo, que se presenta en tres actos, con diversos protagonistas. La experiencia fue muy valiosa no tanto por lo que vieron, sino por lo que oyeron.

En la primera escena (Mc 9,4-6), los discípulos asisten a la conversación de Jesús con Elías y Moisés y se atreven a pedirle que no se acabe esa

experiencia (Mc 9,5). La inesperada irrupción de la nube y la voz que rompe la placidez de la visión, domina la segunda escena (Mc 9,7-8): De la contemplación de Jesús, pasan los discípulos a escuchar al mismo Dios, que se presenta como su Padre, y dice que Él su Hijo, muy amado (Mc 9,7b).

Tras oír la voz de Dios, la visión desaparece; en la tercera escena, Jesús y sus discípulos vuelven a la normalidad (Mc 9,9-11). Él les dice que no cuenten lo que han visto y era tal su confusión, que no lo hubieran sabido hacer.

Esta visión es descrita con realismo: Los discípulos vieron a Jesús con una túnica muy blanca y su rostro estaba radiante (cf. Mt 17,2; Lc 9,29).

Marcos se fija en su blanca figura; una extraordinaria blancura, divina rodea enteramente a Jesús (Mc 16,5; Hch 1,10). Se resalta lo excepcional del hecho, no sin cierta ingenuidad; mano alguna de hombre hubiera podido blanquear así su vestido. Vestiduras blancas son, en la simbología apocalíptica, imagen de la vida resucitada e incorruptible (Cfr. Dn 10,5; Ap 3,4; 7,9; 2 Cor 5,4).

Lo que los discípulos admiran no tiene origen humano; se insiste en el cambio que se da en Jesús sin mencionar la

causa. La experiencia de su gloria es manifestación sensible de la exaltación de Cristo; los discípulos vieron lo que sería el futuro de Jesús, resucitado. Se Anticipó a ellos la gloria que le esperaba.

La mirada de los videntes se amplía: contemplan a Elías y a Moisés en diálogo con Jesús. La visión no nace de sus posibilidades: el término utilizado es el técnico para describir la experiencia pascual (1 Cor 15,5; Lc 24,34) o las apariciones angélicas (Lc

1,11; 22,43; Hch 7,30). Ellos pudieron ver a Jesús en compañía de dos hombres de Dios (Ex 34,29.35), dos de sus íntimos, que no han conocido la muerte (Cfr. Esd 6,26).

Ante sus ojos, Jesús se muestra perteneciente al mundo de Dios, junto a quienes han vencido su propia muerte. Aquí no se alude al contenido de su conversación; importa sólo el hecho. Moisés como líder y prototipo, Elías como precursor acompañan a Jesús (Mal 3,23-24).

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

Este evangelio recuerda el momento, en el que Jesús reveló su identidad verdadera a sus más íntimos. Esos discípulos vieron a Jesús tan cautivador, tan resplandeciente, como un profeta entre los profetas. Él, el Hijo amado de Dios no sería tan difícil seguirle. ¿Cómo no iba a ser fácil ser seducido por Él? Y como Pedro, no tendría el deseo de quedarse ahí, aunque fuera a la intemperie.

- ¿Nos entusiasma seguir a Jesús? ¿Por qué no se transfigura ante nosotros? Tenemos que reconocer que no nos hemos encontrado nunca ante Jesús tan deslumbrante, como un ser impresionante, como el Hijo de Dios tan cercano. Podríamos ilusionarnos, no obstante, con que llegue ese día también para nosotros, en el que se nos manifieste fulgurante y próximo, imponente y a la mano, Maestro estupendo e Hijo Amado de Dios.

Jesús tomó consigo los discípulos que le habían seguido desde el principio, aquellos que habían puesto su confianza en Él, y los llevó a un lugar apartado, sobre una montaña. Es requisito previo para ver a Jesús transfigurado no serle extraño; Él se manifiesta a sus amigos quienes lo conocen, los que comparten su mesa; la convivencia, la familiaridad hacen posible lo imposible.

Serán siempre los discípulos fieles, aquellos que podrán soñar con la sorpresa de verse a si mismos descubriendo quién es realmente el Señor. No es que Él no sea lo suficientemente maravilloso, lo bastante divino, para poder sorprender a quien tiene la fortuna de encontrarlo. Lo malo es que no encuentra discípulos fieles en su entorno, capaces de renunciar a todo con tal de encontrarlo, como el Hijo Amado del Padre.

- Tal vez nosotros somos desafortunados, porque no nos animamos a subir a la montaña con Jesús; ofrezcámonos hoy a ir con Él; si nos ve dispuestos a

acompañarlo, sin lugar a duda también nos hará gozar la alegría que Pedro, Santiago y Juan vivieron.

Estando con Él, olvidaremos los esfuerzos mal logrados y las penas sufridas. Verlo como realmente es, nos bastará para ser felices, sin importarnos las renunciaciones que hemos hecho. Verlo como realmente es, nos hará generosos y pensaremos más en estar con Él y cuidar de lo suyo.

Quien ha descubierto a Jesús, descubre la obligación de atenderle, de seguirle, de obedecerle. Jesús ha de ser el único punto de referencia del discípulo que lo ha visto tal como es: quien se ha entusiasmado con Él una sola vez, permanece siempre con él entusiasmado; no podemos reducir nuestra vida cristiana a escuchar su Palabra una vez por semana.

Dios mismo ha impuesto a los discípulos escuchar a su Hijo Amado, siempre. Quien quiere permanecer con Él, se obliga a escucharle y entonces es que podrá tener la feliz experiencia que tuvieron los discípulos al ver a Jesús transfigurado.

- ¿Somos lo suficientemente fieles a Jesús, como para ir con Él y permanecer en su compañía, escuchando su Palabra con la actitud que la escucharon sus acompañantes? Tal vez nuestra poca concentración, nuestra superficialidad, nuestro activismo no nos deja darnos cuenta quién es Él y qué quiere de nosotros.

Si lo escuchamos, lo sentiremos cercano, estupendo y querremos estar con Él, aunque estemos al despoblado. Quien le escucha, sabe que en su compañía se está bien y que no se siente necesidad de nada más. Quien logra verlo, no tiene tiempo más que para contemplarlo y querer vivir esa contemplación. El amor siempre lleva a mayor profundidad.



IV. ORAR NUESTRA VIDA DESDE ESTA PALABRA:

Señor, gracias porque en la Transfiguración Tú te manifiestas a quien quieres, a tus íntimos, y los haces gozar. Sabemos que la experiencia de verte puede ser muy breve, pero que es tan profunda, que quienes la viven, bajen dispuestos a todo, porque te han conocido más y mejor.

Queremos aprender a gozar de Ti en el afán de cada día, en medio de las dudas, resistencias y fracasos para descubrirte como lo que eres: Nuestro Salvador. Queremos escucharte, llenarnos de ti, atenderte y colaborar contigo en la realización del Plan de Salvación que Dios Padre te confía, por ser su Hijo, muy Amado. Que no nos acostumbremos a estar en tu compañía, de manera sentimentalista, sino que tu voz, tu presencia, tu acción en nuestras vidas, nos fascine, nos entusiasme y nos mueva a seguirte cada día más.

Que nuestro encuentro eucarístico, la oración y la vida fraterna, nos convenzan de lo importante que es estar contigo, siempre **¡A M É N!**